"MULTITUD" pide: RELACIONES COMERCIALES Y DIPLOMATICAS con la U.R.S.S.

MULTITUD

REVISTA DEL PUEBLO Y LA ALTA CULTURA

VISITACION de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
SET 9 1943
DEPÓSITO LEGAL

PABLO DE ROKHA

CARTA - ABIERTA
Al Ministro De HACIENDA

Yo recuerdo, señor Ministro, haberle escuchado, con entusiasmo, plantear, específicamente, con criterio realista de estadista democrático y de hombre de empresa y de negocios, la tragedia económica de Chile.

En conversaciones fundamentales, por el acento y el terreno arduo, acendrado, alto y difícil a que Ud. las llevara, alternó el escritor con el financista, y escuchó de él planteamientos y enjuiciamientos concretos, acerca de la falencia económico-financiera a la cual se precipitaba la República, y, aunque nuestros distintos puntos de vista nos alejaban, en partes vitales, también nos acercaba la común emoción democrática, el amor y el dolor por la tierra chilena, la universalidad conceptual y cierto conjunto neto de soluciones perentorias, a problemas inmediatos o categóricos, sin lesionar nuestra doctrina. ni nuestra ideoloíga personales.

Ahora, está en sus manos de hecho, el porvenir económico de nuestra patria, tan amada: es Ud. Ministro de Hacienda.

Pues bien, deseo, por el momento, reducir la cuestión del gran drama nacional que protagonizamos, a un solo específico punto: **la Minería,** recordando que aporta a la hacienda pública, el 70 % de las entradas del erario, en divisas, es decir, unos 116.784.712 pesos, al año, con lo cual se financia el comercio internacional de la nación chilena; recordando que da trabajo y salario industrial a más o menos 120 mil chilenos; recordando que sus 300 y tantas plantas industriales, (semi-industrializadas y ya descapitalizadas por la inflación monetaria, los bajos precios y los altos costos de producción), evacuan unos 100 millones de pesos en sueldos y jornales, y que, antaño, en las entrañas de su corazón adolescente, se forjaron los anchos primeros tramos de la Democracia chilena, al amparo tutelar y patricio de aquellos repúblicos egregios que se llamaran Pedro León Gallo, Manuel Antonio Matta, y, en el instante auroral de la clase obrera de Chile, el líder del pariotismo sacrosanto y la liberación democrática, Luis Emilio Recabarren. Sí, señor Ministro, a Ud. le consta cómo nosotros, solos, y rodeados de pesimismo nacional, frecuentemente, hemos venido clamando y luchando por la salvación de la Minería, años de años, por la industrialización de la República y la salvación de la Minería en Grandes Campañas, por Grandes Problemas nacionales. El oro, el cobre, el fierro, la plata, el zinc, el manganeso, el azufre, los carbonatos, los carbones, los combinados, en general, han de sostener, con el salitre, el futuro industrial de Chile, del Chile creador de la construcción mecánico-metalúrgica de mañana, del Chile, en el que se proletarice el gañán trágico, por la industrialización democrática que, partiendo de la Minería, penetre en las Haciendas semi-feudales y el latifundio vergonzoso e industrialice la agricultura, la pesquería, la explotación maderera, que, actualmente, sacrifica todos los sub-productos, y trata el árbol con criterio rudimentario y ancestral, la ganadería,— crianza y estabulación, en pañales,— la fruticultura y la viticultura, resuelta hoy, apenas, en la vinicultura especulativa, creando los mercados internos y externos, amplios, y la distribución adecuada, transitoria, de la producción, como consecuencia de la elevación del potencial industrial enorme del país de O'Higgins. La liberación económica de Chile partirá de la Minería, si acaso se tiende, vidente, a la Minería, la grandiosa mano de salvación, que requiere urgentemente, con el tono trágico-dramático, de aquel que se va hundiendo en el abismo. La paz democrática, la post-guerra, la liquidación económico-bélica de la gran matanza desencadenada por el fascismo, en todas sus formas, nos va a colocar ante un dilema categórico: **o nos independizamos porque nos industrializamos** o. entramos a la esclavitud definitiva del país post- colonial, entre países grandes, por su gran industria, adentro de un mundo acerbo, elaborado en la tragedia, en el cual cantarán los martillos de la reconstrucción sobre el acero de las usinas, y el oro de los crisoles, señor Ministro, el oro de los crisoles respaldará la economía destrozada, o empezará a aullar el hambre.

Altos Hornos y chimeneas, los procesos electrolíticos y la cianuración poli-científica, en los establecimientos y grandes fábricas, y una gran viabilidad hidráulica, a bencina, eléctrica, tienen ya la palabra en el universo, y la Quinta Columna cae estrangulada por la afirmación democrática de la producción, industrializada por una gran técnica, entrando a actuar el capital "industrial", creador de riqueza, y no el capital "especulativo", creador de miseria.

Señor Ministro: todos los poetas del mundo, estos oscuros hitos del horror cenital de la especie, que echan grandes llamas en la soledad de sus vidas sin éxito, clamando por la justicia de Dios y del pueblo de Dios sobre la tierra, nosotros, señor Ministro, los forjadores de la belleza, que es la última verdad y la hombría del hombre, invitamos a los estadistas y a los financistas matemáticos y "furiosamente" intelectuales, y a los que, como Ud., a lo anterior, acumulan la intuición de los números y los hechos diversos, que forman la unidad, a estimar que entramos a la era gran industrial de las épocas, y del trabajo organizado y remunerado, y a la colectivización, por la industria capitalista, y que, oponerse a la historia, es oponerse con la escasa fuerza humana, a aquellas oscuras potencias dialécticas, que originan los tiempos y los hechos.

Grandes Duques

Siempre fué costumbre en Chile que la Extrema Derecha reaccionaria, la oligarquía, suministrase al Gran Capital sus gestores, sus abogados palaciegos, sus sirvientes y quinta columnas asalariados...

Ahora, la cosa ha cambiado un poquito, pues, desbancada la reacción pro-fascista, entró a tallar la Clase Media y sus siúticos.

Pero, de hecho, la gestión marcada y simoníaca, en el peor de los casos, es una herencia turbia del Gobierno de los caballeros, transmitida, por contagio, a la ramazón arterial y a la osamenta de los Gobiernos democráticos.

Con los Grandes Duques de la Administración Pública y sus filiales, sucede lo mismo.

El Gran Duque es un producto híbrido, híbrido y trágico, del gestor, del tinterillo, del bufón-servidor de Palacio, del espía y del paniaguado, en maridaje espantable. Salta de un ministerio a una embajada, a una jefatura, a una canongía suculenta, baila su danza burocrática de altos sueldos, comandando la Educación o la Defensa Nacional, el Ministerio de Hacienda, el Ministerio de Salubridad, el Ministerio de Justicia o el de Fomento, y de la Dirección de Correos pasa a manejar las fuerzas armadas. Es el indispensable enciclopedista (que sabe firmarse, apenas). Pero, lo tremendo es que, frecuentemente, va arrastrando la cauda siniestra de los empleos acumulados, como un gran cometa, su cola y cobrando, por "emolumentos" mensuales tantos pesos como los que necesitarían para vivir cien familias obreras de trabajadores, que se mueren de hambre. Así, por ejemplo, se vió que la repartición administrativa que orienta el destino de la cultura, la comandó un sacristán, un peluquero, un cura, un ingeniero, un sastre y es consejero de Economía y Comercio, un Sargento Mayor, en retiro. Todas las formas las adopta el Gran Duque y, exactamente, simula el financista que el literato o el educador y está, lo mismo, a la cabeza del "trust" viti-vinícola, que como consejero "técnico" de la Fundación Santa María, como editorialista de un gran rotativo o como jurado para otorgar el Premio Nacional de Literatura, después de haber asistido a una sesión del Consejo de Teología del Arzobispado o de San Jacinto. Además, es Director de tres Bancos, de diez Compañías de Seguros, de la Bolsa, de las Cajas de Previsión y Vice-Presiden-

(PASA A LA PAGINA 2)

5a. EPOCA - AÑO V - Nº. 45 - 4 DE SEPTIEMBRE DE 1943

WINETT DE ROKHA

"Los Randolph"

Personajes:

Juan Randolph.
Antonio Randolph.
María Rosa Randolph.
Carmen de Randolph.
Cura y vicario de Pelarco.
Don Ramón.
Encarnación.
Cristina.
Felipa.
Clorinda.
Médico.
Enfermera.
Campesino.
Un niño.
Cholo.

Ideas generales sobre el aspecto exterior y vestimenta de algunos personajes.

MARIA ROSA, hermosura otoñal. Viste traje de terciopelo granate oscuro, subido, mangas largas, vestido tocando el suelo y con cola. Cabellos rubios, canosos.

CARMEN. Pelo negro. Silueta modernísima, traje sport de lanilla, zapatos blancos.

FELIPA. Pelo enmarañado con cintillo muy apretado. Andrajosa y descalza.

ENCARNACION. Solterona fea, vestida de negro, zapatos toscos, velo o mantilla de encaje negro, guantes negros.

JUAN. Traje negro, camisa y corbata a lo Byron.

DON RAMON. Sobre el traje un pañolón a cuadros, zapatillas de paño.

DRAMA EN 3 ACTOS

PRIMER ACTO

Otoño se cuela por las rendijas del ambiente. Salón vetusto de casa antigua: muebles pesados, polvorosos, mesas de arrimo, espejos, retratos al óleo (1840), cuadros bíblicos y cristos de iglesia.

Escena I

María Rosa y Cristina

(Cristina limpiando los espejos, María Rosa sentada tejiendo).

MARIA ROSA.—Pásale mejor del lado derecho, veo una mancha.

CRISTINA.—Yá, misiá Marita.

MARIA ROSA.—Advierte a la Clorinda que esta noche viene a comer el señor cura, acaso venga también don Ramón. Que mate la gallina negra, la he visto un poco triste.

CRISTINA.—Estaba preparando la masa para los alfajores y trasvasijó la chicha del cántaro grande.

MARIA ROSA.—Tienes que planchar la ropa de Antonio y hacer una tizana para Juan, anda muy resfriado.

CRISTINA.—Yá, misiá Marita.

MARIA ROSA.—Vamos a rezar el rosario a las siete, avísale también a la Clorinda para que arree a la tonta Felipa.

CRISTINA.—La Felipa fué a darle la comida a los chanchos.

MARIA ROSA.—Mándala buscar con el aguador. (Para sí). Después de comer, estos hombres se ponen a jugar al monte y no hay paz para nada.

CRISTINA.—(Da un último toque a los espejos). Yá, misiá Marita. (Sale).

MARIA ROSA.—(Deja el tejido y hace sonar un rosario grande, antiguo). (Entre dientes). Dios te salve, María... (se come las sílabas y continúa entre dientes, santiguándose y golpeándose el pecho.

Escena II

María Rosa y Antonio

ANTONIO.— (Entrando). Me volví, este niño de Juan se topó con Jenaro y se fueron charlando hacia el lado de las Moreno.

MARIA ROSA.—Juan no debía ir por esos lados. Las tales Moreno son unas culebras.

ANTONIO.—Y venenosas, hermana.

MARIA ROSA.—El cura te mandó los periódicos que le pediste y que vendría a comer.

ANTONIO.—(Sobándose las manos). Bien, bien, ¿y don Ramón?

MARIA ROSA.—Ojalá venga, le mandé recado con la señora Martina.

ANTONIO.— La topé al costado de la Iglesia.

MARIA ROSA.—Es necesario agitar eso de los títulos de la propiedad de abajo. Nadie tiene la vida comprada.

ANTONIO.—También hay que ocuparse del asunto testamento.

MARIA ROSA.—Eso primero que nada.

ANTONIO.—No veo tanto apuro, cualquiera de los tres que muera le queda todo sellado y lacrado a los otros dos.

MARIA ROSA.— Yo tengo mis razones Antonio para apurar ese testamento.

ANTONIO.—El último que quede de nosotros sabrá de antemano el destino de la fortuna que nuestros padres nos dejaron. Es decir cumplirá sagradamente con los venerables designios.

MARIA ROSA.—Me angustia pensar en Juan, aunque tiene nuestra sangre, a veces descubro en él instintos tan raros. El no dice nada pero le rebalsan ideas tan contrarias a los Randolph.

ANTONIO.—No lo creo, hermana.

MARIA ROSA.—A lo mejor cualquier dia se casa.

ANTONIO.—¡Qué ocurrencia! Estas paredes, estos retratos que recogieron el último suspiro de nuestros padres no podrían tolerar a una intrusa, a una advenediza.

MARIA ROSA.—Sería una blasfemia horrible.

ANTONIO.—Ellos, Dios mediante, conservaron la propiedad y todo hay que retribuirlo a la Iglesia.

MARIA ROSA.—Pienso como tú. Y se lo he dicho al cura y le he prometido que el testamento será claro y concreto.

ANTONIO.—Le hablaré a Juan.

MARIA ROSA.—Es mejor que le hable don Ramón. Un abogado tan antíguo de la familia es siempre respetable, conoce las leyes y a éste principalmente no se le va ninguna.

ANTONIO.—Y la que se le va, se le va rabona. (Ojea los periódicos, María Rosa sigue tejiendo en silencio).

(Pasa a la pág. 3)

ANTONIO MASSIS

LA JOVEN BESTIA

Yo era el tiburón asediado por las vírgenes.
y grandes carneros enlutados alimentaban mi alma
con larvas que criaban al pie de los patíbulos.

Negros jinetes y un dios comido de lombrices
quemaban en mi puerta un corazón de zorro.

Yo estaba triste, como si recién hubiese resucitado.
Un cuerno de pus separa tu corazón del mío, ¡oh,
(hermosa,
y tu recuerdo es difícil, como el parto de las tarán-
(tulas

Para recordarte, sobre mi pulmón guardo una man-
(díbula de muerto
y a tu memoria, ¡oh hija del desierto! bebo este vaso
(de gangrena.
Todos estamos podridos, y respiramos por la uretra,
(a sollozos,
hasta los ángeles guardan ojos de saurio y lagartos
(en la vagina,
y desde el fondo del semen mujen hombres y mons-
(truos encadenados.
Todos estamos podridos. Yo estoy molido hasta los
(goznes,
y vomito cabellos de ancestros, glándulas y sarro de
(muertos,
y vomito estiércol, y pelo de momia y cuero de ca-
(ballo abandonado.
Estoy perdido. Cuatro búfalos me echan su mens-
(truación celeste;
sólo el gusano respira en mi sarcófago
y me sorbe los tuétanos,
y sobre el pasto que crece en mi pecho izquierdo
orinan las yeguas. Ya lo sabemos, se acabaron los
(dioses,
¡el cielo está hueco!

A. **M.**

(De la 1.a página)

te o Presidente de cincuenta o sesenta Sociedades Anónimas. Los bomberos y los rotarios lo cuentan entre sus grandes miembros de Honor, el Ropero Escolar y la Congregación de los Hermanos Terceros de San Francisco, la Cámara de Diputados o Senadores, la Agrupación de Hijos del Sur y la Filarmónica del Norte Grande, la Sociedad Lechera "La Vaca del Egipto", la Sociedad de Escritores y Sordomudos de Antofagasta, la Sociedad Protectora de Animales Atorrantes, etc., lo estiman uno de los suyos y lo declaran Director Honorario, Vice-Presidente Honorario, Presidente Honorario, Gerente, Secretario General, Regente, etc., etc.

¿Un consulado? Pérez. ¿Una embajada? Pérez. ¿Un obispado? Pérez. ¿Una Dirección General? Pérez. ¿Un ministerio? Pérez. ¿Una diputación? Pérez. ¿Una senaturía? Pérez.

Y Pérez acumula puestos y sueldos, con voracidad pantagruélica, astronómica; Pérez lleva en las maletas más medallas que el más famoso Reproductor "Champion" Holstein-Friessian del más famoso Criadero de los Estados Unidos; Pérez dictamina sobre poesía o sobre economía; Pérez, es el hombre de todos los discursos de todos los difuntos y aniversarios y el padrino de todos los ahijados y el ídolo "ideal" "soñado" "cinematográfico" de todas las damas de la sociedad; Pérez va de la Academia de la Lengua a la Academia de Box, "El Gualetazo"...

Pérez...

Un gran Partido está, siempre a la espalda del Gran Duque y él es un "correligionario", antes y por encima de todos. ¿Sus ideas? El no tiene ideas, las ideas son algo supérfluo, él tiene un Partido, y un Partido da más que un fundo, y, además, permite esconderse en él, como la tortuga en su propia concha, y afirmar que insultan al Partido cuando le dicen a él: **idiota.**

Pues bien, estos "Pachecos" negros y siniestros, como payasos de funeral, hundieron la República.

Oportunistas y utilitarios, imbéciles o pobres hombres mediocres, rastreros y serviles, rodearon a los gobernantes empañando su visión general del país, y, engañándolos en servicio de ellos, nó del pueblo, los lanzaron, los precipitaron al despeñadero del gobierno de la mentira y los lugares comunes; cogieron los asuntos del Estado, convirtiendo al Estado en una gran vaca lechera, de cuyas ubres flacas mamaron años de años; despedazaron los partidos democráticos, desde adentro, siempre corrompidos, corrompiéndolos, pudriéndolos, deshaciéndolos por disgregación formulista y farisaica, en la cual naufragó la fe, quedando sólo el rito sin entrañas; establecieron el compadrazgo alevoso y la "coima" como normas administrativas; provincianos o lugareños de estatura, jamás miraron los cuadros mundiales de los grandes problemas, con otro criterio que el del jurero falso, cuando contempla a quien lo compra y lo paga...

Por eso tenemos una política turbia, de cangrejos de acequia, incrustada en todos los servicios, en los que los Grandes Duques fuman su puro, ociosos y repletos, sobre el hambre de Chile, y Chile se derrumba.

¿Existe alguna esperanza remota de que un chileno excepcional, por su talento y su capacidad, sea llamado al servicio de la Nación, precisamente por su talento y su capacidad? Ninguna. Si no está unido y mancomunado al clan nacional de los Grandes Duques, aquel hombre, que puede ser un héroe, vivirá y morirá en la soledad y el horror de los abandonados de Dios, sobre la tierra tremenda y usufructuada por los paniaguados de la gran burocracia parasitaria. y los negociados.

Hay Grandes Duques hacendados y millonarios, que perciben treinta mil pesos mensuales de sueldo.

Y se ha dado el caso macabro de que algunos potentados que costearon gastos electorales, en campañas presidenciales remotas, se hayan hecho pagar el dinero con altos cargos fiscales, lo cual es horrendo y merecería el pelotón de fusilamiento.

¿Y los Grandes Duques con 10 o 15 empleos, simultáneamente?

Declaro, sí, nítidamente, lo declaro y lo reitero, que estoy tratando vicios antiguos, muy antiguos y, específicamente, vicios que la Derecha le transmitió a la Izquierda, vicios que la oligarquía reaccionaria y fascistoide le incrustó a la Democracia en el corazón ingenuo y sin experiencia, vicios practicados por emboscados derechistas en el gobierno popular, principalmente, y de los cuales nos vamos curando poco a poco.

El Gran Duque es siempre un derechista, disfrazado de izquierdista, aunque las palabras derechistas e izquierdistas ya no sean tan exactas, como las palabras filo-fascista y anti-fascista, para indicar al reaccionario y al ciudadano partidario de las democracias.

Por lo tanto, los Grandes Duques han de ser catalogados entre los enemigos del régimen, pues pretenden destruir el régimen, desde adentro del régimen, es decir, adoptando la posición específica de la Quinta Columna, la cual consiste en ligarse, desde adentro, con el enemigo, desde adentro, a fin de entregar la plaza sitiada, en el instante oportuno, porque el Gran Duque es el conspirador permanente.

Pero, lo curioso y extraordinario es que este tipo, fuerte ya, definido, que encarna la fijación social del oportunismo, el Gran Duque, es el regalón del régimen, el regalón del momento, el regalón de la situación de transición que cruzamos, nó el regalón de un personaje-gobernante determinado.

Nosotros nos preguntamos: ¿por qué sucede esto? ¿qué condición hipnótico-mágica de captación de valores, de hombres, de situaciones, qué rol de dominador y de conductor humano, qué voluntad feroz pone en marcha y en juego este complicado ente, para flotar en todos los océanos políticos, nadar en todas las aguas, dominando huracanes, ciclones, tempestades y escollos, y mamando de éste y de ese gobierno, impertérrito, soberbio, mamando hoy de los enemigos de ayer o de antes de ayer, mamando, siempre, pegado a las ubres nativas del presupuesto, robusto, desenfadado, tranquilo, bien jugado y bien tomado, frente a las soberbias ostras de Exportación de la Bahía? ¿Qué universalidad de conocimientos posee el Gran Duque, que es llamado y solicitado en todos los gobiernos para todos los puestos? Dicen que Agustín de Hipona, San Agustín, el teólogo-metafísico de la "Ciudad de Dios", andaba un día muy preocupado con aquello de las "tres personas distintas y un solo Dios", tratando de encontrarle el quinto pié al gato, cuando un niñito, que jugaba a la orilla del mar le dijo: "Agustín, primero trasladaré yo toda el agua del océano a este hoyito, que tú averigües el misterio de las "tres personas distintas y un solo Dios", es decir el misterio de la Santísima Trinidad, una y trina. Ahí está la historia: los "Grandes Duques, favoritos y paniaguados están, donde están, en todos los grandes empleos, embajadas, sinecuras, canongías etc., debido a un arte mágico, a un arte grande y singular, a un arte por el arte, **el arte de birlebirloque**...

¿Su acción? Su acción consiste en "tramitar", en "echar por el desvío", en "archivar" y diferir los grandes problemas, las altas y anchas cuestiones de gobierno, la responsabilidad del régimen, dando franco paso a la corruptela, al negociado, a la cuchipanda y la "gestión" anormal, a la tramitación gubernativa. Y, he ahí, cómo al Gran Duque latifundista, lo hereda y lo secunda el Gran Duque advenedizo, provincial y siútico, sin que se altere la tradición del **"granducado"**.

Por eso, los Grandes Duques de el Gobierno de Derecha le pasaron el Gobierno a los Grandes Duques de el Gobierno de Izquierda, los Grandes Duques latifundistas a los Grandes Duques improvisados y siúticos, y todo se hizo entre Grandes Duques que se pasaron el Gobierno, quedando adentro todos, los viejos y los nuevos, los de gran heráldica y los recién salidos del almacén de menestras de "don Giusepe" o de la cocinería del Departamento. Y el Gobierno del Frente Popular, por ejemplo, fué un gobierno tan de compinches y de compadres, como todos los gobiernos, y, siendo un gobierno de Izquierda, gobernaron las Derechas. Porque, lo aterradoramente paradógico, es que, a través de los Grandes Duques, los primeros usufructuarios del gobierno recién constituído son sus enemigos, los que lo combatieron, los que lo denigraron, combatiendo y denigrando a la cabeza que lo encarna y la cual cabeza les entrega la victoria, al otro día de la victoria, **a fin de que conspiren, desde adentro del mismo gobierno que los sustenta,** para engendrar otro gobierno, en el cual entrarán, también, a tallar los derrocados, mano a mano con los que conspiraron y los derrocaron... ¿Entienden ustedes? ¿No? Yo tampoco; pero no nos alarmemos ni nos inquietemos por aquello; porque sólo se entiende lo que es inteligible.

Por debajo de este terrible juego mortal, el pueblo se muere de hambre, se muere de hambre, piojento y tuberculoso, y los grandes partidos del pueblo se defienden de la Quinta Columna, encabezada en la política, por los Grandes Duques parasitarios.

Ahora, ¿cómo se llama el caldo de cultivo en el cual navegan a velas desplegadas las barcazas de los Grandes Duques?: **politiquería, apoliticismo.** Y son equivalentes lo uno y lo otro. Los Grandes Duques cocinan su pitanza suculenta, a la sombra de estas dos formas de viciamiento electoral de las Democracias, que debe y puede ser rectificado por las Democracias, ya que la amenaza permanente de los Grandes Duques es la amenaza con las dictaduras.

Porque, todos los Grandes Duques de todos los Gobiernos son fascistas, pro-fascistas, filo fascistas emboscados en el régimen democrático, y enmascarados en la República.

El Gran Duque no es, necesariamente, un malvado o un idiota, como lo es, por ejemplo, el nacista específico; nó; es, frecuentemente, un **vividor**, más o menos cínico, más o menos traidor a su clase, la clase obrera, o la Clase Media, más o menos astuto y desvergonzado, más o menos mediocre, más o menos analfabeto, más o menos farsante. Su filiación bio-psico-patológica lo sitúa entre los productos específicos de la descomposición de la gran burguesía reaccionaria y su dictámen, como al poetastro invertido y al fabricante de poemoides revolucionarios, a máquina, como a la gran dama borracha y tahur, como al espía y al quintacolumnista mercenario y adobado en las "boites" inmundas, como al "jubilado" y al "retirado", que cobran cinco sueldos y su pensión por inválidos, como al concesionario de prebendas y morcillas fiscales, banqueteado y condecorado con el premio a la virtud cívica por sus conmilitones, como al abogado, empleado de compañías extranjeras y defensor fiscal, como al funcionario de Relaciones Exteriores que timbra a las cocotas en las posaderas, con el timbre del Consulado de Chile, y a quien lo patean borracho, o dopado de morfina, como al especulador lechero, que escribe sonetos a las vacas y echa agua a los tarros y yeso, como el pequeño profesor cornudo que le pregunta a la señora por sus "amorcitos" y, también, se cree un hombre entre hombres... Salidos de los falsificados escudos de nobleza, o venidos desde el fondo rojo y negro de las provincias, los Grandes Duques son la tremenda cortina de humo que cubre el gran escándalo de los escandalosos, hartándose a costillas de todos los gobiernos, con el sudor y el horror y el dolor del pueblo.

Yo señalo a S. E. el Presidente de la República esta oscura llaga nacional de los "Grandes Duques, favoritos y paniaguados" y lo invito a emplear su carácter y su hombría, tan concreta, en hacer impacto en su figura de verdugos de la Democracia.

P. **DE** **R.**

LOS RANDOLPH

Escena III

Cura y don Ramón

CURA.— (Frotándose las manos gordas y muy blancas. Respira fuertemente). Hace un vientecito otoñal que se nos cuela por la nariz, un vientecillo tónico. (Carraspea).

DON RAMON.— Muy tónico, reverendo Padre, pero no tanto como esos preciosos rubíes que duermen en las tinajas de María Rosa.

MARIA ROSA.—(Levantándose). Adelante y bienvenidos amigos, espumantes y chispeantes las tinajas aguardan la bendición y la absolución de su reverencia.

CURA.— (Mirando hacia los rincones y levantando las manos en actitud de bendecir) **Ego te absolvo.**

(Todos se sientan).

ANTONIO.—Recibí los periódicos, los he ojeado solamente. Esta noche me impondré con reposo del acuerdo del Gobierno respecto al ferrocarril.

CURA.—A mí me parece cosa hecha.

DON RAMON.—No tanto, reverendo Padre. Se necesitan aún unos diez millones de pesos, más aquellos préstamos que se van haciendo sal y agua.

ANTONIO.—Nosotros hemos acordado una ayuda importante: terreno y madera.

MARIA ROSA.—Más o menos unos dos millones.

DON RAMON.—Desearía sugerir que una gestioncita de Juan ante el Ministro de Obras no andaría mal.

CURA.—Este Ministro emparentado con los Randolph y ligado al Arzobispo por haber sido largos años abogado de los bienes de la Iglesia no se presentará otra vez.

DON RAMON.—(Convencido). No se presentará otra vez.

MARIA ROSA.—Juan es muy diplomática para tratar con esas gentes. Conoce la capital de palmo a palmo. Además, no va por allá desde su bachillerato.

Escena IV

Juan y Dichos

Tanto bueno por acá don Ramón (saluda con afecto). Y Ud., mi señor Cura, tan perdido que andaba por estos lados.

CURA.—No es eso Juancito, es Ud. el que se pierde y no me ve. ¿No es así Antonio?

ANTONIO.—Verdad, señor cura, Juan es el acicate del viento. Es egoísta de su persona.

JUAN.—Hermano, hermano, piensa en tu vida y quita de tu ojo la viga antes de soplar la paja en el mío.

MARIA ROSA.— No discutáis, buenos sois, y vuestros defectos son siempre como las cualidades de los demás.

DON RAMON.—Así lo creo, María Rosa.

MARIA ROSA.—Tan es así que les he entregado mi vida entera que ha sido siempre una renunciación total.

JUAN.— No hemos pedido nosotros esa renunciación, hermana.

ANTONIO.— Directamente no la hemos pedido, Juan, pero nuestros padres y su voluntad desde lo eterno piden que así sea.

JUAN.—Sería terrible si fuésemos a cada instante reflejos de esa voluntad.

MARIA ROSA.—Yo sí que siento a cada instante la voz de nuestros padres señalándome el camino.

CRISTINA.—Con permiso, dice la Clorinda que pueden pasar al comedor a servirse algo antes de la comida.

CURA.—¡Ah gran Clorinda, como sabes cuando nuestras vísceras tocan a rebato!

ANTONIO.—¿Pasamos don Ramón?

DON RAMON.—Con los ojos cerrados, Tuquito.

Escena V

María Rosa y servidumbre

(Entran todos).

MARIA ROSA.—Clorinda, aquí a mi lado, Cristina aquí junto a la ventana, Felipa a mis pies, el Cholo ahí cerca de la puerta. Bien. Rezaremos de prisa algo, no todo, hay visitas; pero el señor cura me ha dicho, o mejor, me ha insinuado que no les escatime el rezo, por ningún motivo.

CLORINDA.—Yo no puedo dejar de rezar, me parece que todo me sale mal si no rezo.

MARIA ROSA.—No lo dudes.

CRISTINA.—Dígale al Cholo misiá Marita que no moleste. Se está riendo.

MARIA ROSA.—¿Cómo? Este atrevido se las verá más tarde con Antonio.

CHOLO.—No es ná cierto señorita, es que anda picá conmigo porque no le tapo sus enreos.

CRISTINA.—Cállate, cara de sapo, como sigas le digo a don Antonio que le robaste las riendas para tu taita.

CHOLO.—¡Chitas que es bien calumniaora la galla esta!

CLORINDA.—Es el colmo, señorita linda, que estos mugrientos se palabreen en presencia de su mercé.

FELIPA.—El Cholo me piñiscó a la entrada y me lleva sacando la lengua.

CHOLO.—El tá, lo ardelicá que está la niña, como si no se le conociera ná la payasá que le han de ver.

CRISTINA.—¡Cholo criminal! Echelo de aquí misiá Marita, es un pecao de traerlo a rezar a este bruto.

MARIA ROSA.— Basta, ya he sabido bastante. En cuanto se vayan las visitas arreglaremos cuentas. Ahora, retírense. (María Rosa toma una actitud de reina ofendida).

Escena VI
Encarnación y María Rosa

CRISTINA.—(Volviendo). La señora Encarnación.

ENCARNACION.—¿Se puede?

MARIA ROSA.— (Abrazándola). ¡Que suerte que hayas venido!

Estoy muy nerviosa.

ENCARNACION.—¿Qué te pasa? Confía en mí.

MARIA ROSA.—Estaba haciendo rezar el rosario a estas chinas malagradecidas, ignorantes. Ni siquiera se saben "los misterios". Cuando estoy en los Padre Nuestros ellas van con las Ave Marías y como quien oye llover.

ENCARNACION.—Dios tomará en cuenta tu sacrificio para la salvación de tu alma.

MARIA ROSA.—Si no fuera por una se condenarían estas criaturas en los puros infiernos.

ENCARNACION.—Así es, hijita.

MARIA ROSA.—¿Y cómo te ha ido?

ENCARNACION.—Dejé el altar del Sagrado Corazón hecho un primor.

MARIA ROSA.—¿Te ayudó Catalina?

ENCARNACION.—Trajimos flores del lado de las Moreno. Me acordé de lo que me contaste y aguaité por la ventana. Pero me dió un susto tan grande que salí corriendo.

MARIA ROSA.—¿Viste algo desagradable?

ENCARNACION.—No estoy segura, pero me pareció que la menor, la flaca, estaba en coloquios con Efraín el de la botica.

MARIA ROSA.—Jesús, ¡qué horror! (Se tapa la cara con las manos).

ENCARNACION.—Llegó la doctora nueva. Es feíta.

MARIA ROSA.—Mejor, así no dará que hablar.

ENCARNACION.—Pobres mujeres. Figúrate mi hijita que tiene que examinar a los presos de la cárcel...

MARIA ROSA.—¡Las cosas que se ven en este siglo!

ENCARNACION.—Me vas a hacer el favor de prestarme la paila de cobre para hacer dulce. Mi muchacha está afuera esperándola.

MARIA ROSA.—Como nó, mi linda, vamos a entregársela. (Salen).

Escena VII

Juan y don Ramón

(Entra Juan conversando con don Ramón)... Y de este modo los intereses pasan a la caja común.

DON RAMON.— El corazón es un mal consejero, don Juan.

JUAN.—No tanto, amigo mío.

DON RAMON.—Entre don Antonio y María Rosa la cosa está resuelta.

JUAN.—Ud. sabe, don Ramón que yo no me opongo a nada cuando se trata de intereses.

DON RAMON.—Ya lo sé.

JUAN.—Pero ahora... la decisión de ellos de firmar un testamento recíproco y a la vez ¿cómo diremos?, común, para legar los bienes de la casa Randolph, sin desmembraciones a la Iglesia, es una cosa anticipada por el momento.

DON RAMON.—Ellos estan seguros que Juan Randolph no se negará a firmar la fraternal decisión.

JUAN.—A mi vuelta, don Ramón, ya habrá tiempo para ocuparse de estas cosas. Me iré mañana, el tiempo es muy urgido.

DON RAMON.—Pero mi misión va a quedar en suspenso...

JUAN.—Por unos días nada más.

DON RAMON.—¿Qué debo decir a sus hermanos cuando me interroguen?

JUAN.—Dígales solamente que Juan Randolph sabrá respetar la voluntad de sus padres en lo que se refiere a la herencia, pero que se reserva el derecho de proceder de acuerdo con las inclinaciones naturales de su temperamento y de su corazón.

DON RAMON.—No querría ser indiscreto don Juan pero... creo adivinar detrás de todo esto algunos ojos negros muy hermosos clavados en sus recuerdos de estudiante.

JUAN.—Parece que erró Ud. la vocación don Ramón. Para confesor no habría tenido precio.

DON RAMON.—Olvide mi majadería que son gajes del oficio. Arregle sus maletas y sus papeles tranquilo que yo me voy a echar una manito con el cura y Antonio.

Escena VIII

Juan

(Se pasea de izquierda a derecha, pensativo, da un puntapié a un cojín que hay en el suelo y que le estorba el paso). ¿Quién soy? ¿Qué soy? ¿Un hombre, una sombra, un latigazo, un trueno? ¿Me desprendí de algún peñasco trágico y oscuro de las costas de Irlanda?

Los Randolph usaron gorgueras de encajes y pantalones cortos de terciopelo. (Se detiene frente a los retratos al óleo). Las mujeres atravesaban sus cabellos con horquillas de oro y carey y todas, absolutamente todas, tenían un hijo, un libro y plantaban un árbol en el patio secular de un castillo.

Un Randolph, abuelo, tío, bisabuelo, no recuerdo bien, salió un día a cazar, llevaba botas altas y galgos, el cielo estaba revuelto tocó una corneta y todos los lirios del valle salieron a danzar un minué.

La tía Victoria Margarita, eso lo recuerdo bien, se durmió una noche de luna sobre el musgo de una escalinata secreta que llevaba al torreón más alto del castillo; al alba un enmascarado con capa y sombrero con plumas le atravesó el corazón con un estilete de diamante.

De lejos los campesinos y los pastores vinieron mezclados al ganado bíblico que conducían y entonaron cánticos.

Los pájaros aleteaban y un arcángel travieso encerró en una copa de cristal azul los colores del drama.

Fué así como el rojo de la sangre de la tía Victoria Margarita empapó los sucesivos crepúsculos.

Ahora, un Randolph, acaso el último de los Randolph, entre montañas de azúcar y rojas mesetas nacionales va a llevar un mensaje a la ciudad.

Una carcajada de siglos repercutirá en la caja del tiempo.

Adelante, caballero inmortal, habrás de encender un cigarrillo en la mejilla de fuego de Mefistófeles.

(Afuera se agita la tempestad, Juan atraviesa la escena poseído del drama interno que lo agita y se deja caer en un sillón con la cabeza entre las manos).

TELON.

ACTO SEGUNDO

El mismo salón del acto anterior, alegrado con flores frescas. La Primavera pone un hálito de juventud entre la jaula de un canario y las cortinas claras, espumosas. Libros y revistas.

Escena I

Juan y Carmen

JUAN.—(Sentado mira la Primavera que se asoma en una rama de durazno en flor por la ventana). ¡Qué hermosa Primavera!

CARMEN.—Hay algo novelesco y profundo en este clima.

JUAN.—¿No te has sentido trasplantada desde el alegre chalecito de tus padres a la vetustez de este recinto?

CARMEN.—Este caserón con sus paredes soleadas, sus naranjos, las palmeras y los tinajones me dan la sensación de que me encuentro en otra época.

JUAN.—¿Te parezco un irlandés flemático de pipa y babuchas y mirada azul?

CARMEN.—No. Vivo la Colonia mezclada de sueño y sopor español, rosario y campanas de capillas al alba.

JUAN.—Oí que relatabas a María Rosa algo muy hermoso de tu vida de niña.

CARMEN.—Tu hermana me parece una monja vestida de cielo y tierra.

JUAN.—No le entregues, sin embargo, demasiado tu alma. Concéntrate en tí misma, a tus pensamientos, al futuro.

CARMEN.—A veces converso con los retratos de tus padres, ellos avanzan, se sonríen y me dan los buenos días.

JUAN.—¿Y estas flores? ¿Son para ellos o para mí?

CARMEN.—Para tí, demasiado lo sabes. (Arregla las flores con coquetería). Estas campánulas y estas rosas las corté muy temprano, tenían rocío y parecían congeladas por el cristal del alba. (Va hacia Juan y le pone una flor en el ojal, él le toma una mano).

JUAN.—¡Que manito tan pequeña y tan perfecta!

CARMEN.—Pero el anillo matrimonial le da cierto aplomo. Ahora, es una mano terriblemente seria.

JUAN.—Para mí siempre será la mano de una niñita regalona.

CARMEN.—En nuestro viaje de novios recuerdo que, intencionalmente, dejaba mi mano tendida y supieran que era casada contigo. ¡Y qué emoción cuando el conductor me llamó "señora"! Sin saber por qué el campo, el cielo, los animales y los hombres parecían surgir de entre una bruma dulce.

Escena II
Dichos y María Rosa

MARIA ROSA.—¡Jesús!, con lo empalagosos que son! Ya no se puede andar en paz por la casa. Se asoma uno a la salita y los halla besándose, sale al patio y están abrazados.

JUAN.—No tienes derecho a mezclarte en esta forma en nuestra vida, hermana.

MARIA ROSA.—Oigan y saquen conclusiones. En el pueblo había hace años un tonto, lo llamaban "el pato", pues hacía lo mismo que tú Juan, se lo pasaba besando a la mujer que no era tan tonta como él pero sí desvergonzada, no...

CARMEN.—¿No podría ahorrarse de contarnos el final del cuento, cuñadita?

MARIA ROSA.—No, es necesario oirlo todo: no tenían respeto por sus mayores, parecían que no creían en Dios. ¡Si hasta dormían en una sola cama! No se había visto gente más sinvergüenza.

JUAN.—Es una bella parábola María Rosa, yo también sé infinidad de ellas, por ejemplo: de las solteronas que pasan en los confesionarios, de la envidia que corroe el corazón de los seres estériles...

MARIA ROSA.— Con la diferencia que mi parábola les viene de perillas a ustedes y a mí no me cuadran en lo más mínimo, tus groserías.

CARMEN.—Yo no quiero disgustarme con Ud. María Rosa y pienso que su actitud es sólo hija del cariño que siente por Juan. No crea que porque Juan me quiera a mi dejará de quererla a Ud. como siempre. ¡Son dos cariños tan distintos!

JUAN.—(Levantándose). Las dejo, voy a dar una vuelta a caballo, hace dos días que no salgo. (Sale, Carmen lo sigue).

CARMEN.—Yo también voy a salir, tengo que hacer algunas compras.

MARIA ROSA.—(Después de darle una mirada de odio se asoma a la ventana). Voy a llamar a Antonio ahí viene don Ramón. (Sale).

Escena III

Don Ramón y Antonio

DON RAMON.—¡Cómo se conoce la mano de la damita joven: flores, cortinas, libros, alegría, ¡Primavera!

ANTONIO.—Lo hemos extrañado don Ramón.

DON RAMON.—¿Para qué me quieren a mí cuando tienen un lucero en la casa?

ANTONIO.— No haga ironías, don Ramón.

DON RAMON.—(Sorprendido). No las hago, palabra.

ANTONIO.—Desde que ella está aquí hasta nuestros pasos suenan a hueco.

DON RAMON.—¡Qué extraño!

ANTONIO.— No tiene nada de extraño. Ella es la intrusa. A pesar de sus años es casada y María Rosa no puede convenir en ciertas cosas...

DON RAMON.—Siempre me pareció María Rosa una mujer comprensiva y valiente.

ANTONIO.—Se puede ser todo lo que Ud. dice don Ramón pero con Carmen entró aquí el vendaval: pintura, afeites, modas absurdas, gastos superfluos, trinos, cantos desde el amanecer.

DON RAMON.—(Conciliador). Vivían Uds. tan solitarios, tan sin vida, necesitaban este remezón de juventud.

ANTONIO.—(Empecinado). ¡Yo la odio!

DON RAMON.— (Mirando azorado). Por favor don Antonio, guarde su juicio y que Dios lo perdone.

ANTONIO.—Nada tiene que perdonarme Dios. Yo soy un hombre que vive en "gracia" y respeta sus principios.

DON RAMON.—(Vencida su impotencia). No lo dudo, don Antonio. Bueno, ya los he visto y que se conserven en salud y buena voluntad. (Sale).

Escena IV

Antonio y María Rosa

MARIA ROSA.—(Abanicándose sofocada). Vengo desolada, he corrido la alameda como un celaje.

ANTONIO.—¿Qué te pasó?

MARIA ROSA.—Me metí a la tienda de don Crisólogo después de ella...

ANTONIO.—(Embobado). ¿Y?

MARIA ROSA.—Adivina en qué andaba la intrusa, la advenediza, la usurpadora.

ANTONIO.—No caigo.

MARIA ROSA.— Pues comprando lana, lienzo, moletones, encajes, batistas y monerías...

ANTONIO.—¿Y qué hay con eso?

MARIA ROSA.—(Remedándole). **¿Y qué hay con eso?...**

ANTONIO.—Estoy en la luna.

MARIA ROSA.—Como de costumbre.

ANTONIO.—Pero explícate.

MARIA ROSA.—Es que va tener un hijo.

ANTONIO.—(Espantado). ¿Un hijo?

MARIA ROSA.—¡Papasnatas! ¿Ahora vienes a darte cuenta?

ANTONIO.—(Delirante). Todo está perdido, la tercera parte de la herencia ya no irá a la Iglesia sino a una rama desviada.

MARIA ROSA.—(Indignada) ¿Y quién es ella?

ANTONIO.— ¿Qué sangre corre por sus venas para mezclarse a los Randolph?

MARIA ROSA.—Hay que hablar con don Ramón.

ANTONIO.—Es un viejo idiota.

MARIA ROSA.—No importa, vamos a su casa, él debe conocer estos detalles.

ANTONIO.—Vamos también donde el cura. (Salen).

Escena V
Carmen y Felipa

CARMEN. — (Cantando alegremente).

"Blanca flor que del valle
ha surgido
Ya tu eres mi sola ilusión,
por tí sola daría
mi vida,
por tí sola daría mi amor".

FELIPA.—(Llorando). Defiéndame señora Carmencita. (Se arrodilla a los pies de Carmen).

CARMEN.—¿Qué te pasa?

FELIPA.— Mire, (le muestra la cabeza), misiá Marita me rompió la cabeza de un palo.

CARMEN.—Harías algo malo, chiquilla.

FELIPA.—No, me acusó el Cholo.

CARMEN.—¿De qué te acusó?

FELIPA.—Me da vergüenza. Misiá Marita me va a echar a la calle y soy inocente.

CARMEN.— (Comprendiendo). ¿Quién te ha puesto en este estado?

FELIPA.—Misiá Marita quiere que le diga quién es, pero si le digo me matará, me matará. (Sigue llorando).

CARMEN.—¡Desgraciada criatura! Tu pecado no es solo tuyo. Dime, yo no lo digo a nadie ¿quién es el padre de tu hijo?

FELIPA.—(Vencida). Don Antuco.

CARMEN.—¡Antonio! Dios mío, hipócrita, pervertido. Si Juan sabe lo aplastará como a una víbora.

FELIPA.—No diga nada señora Carmencita, me matarán, me echarán a la calle.

CARMEN.— No temas, yo te defenderé. Vete a tu cuarto que yo trataré de arreglar esto.

Escena VI
Carmen y Cura

CURA.—Buenas tardes mi señora.

CARMEN.—¡Qué sorpresa señor cura!

CURA.—¿Y Juan? Ya no se le ve por ninguna parte.

CARMEN.—Fué a dar una vuelta a caballo, en realidad ha estado un poco perezoso.

CURA.—Para eso está la compañera que Dios le dió.

CARMEN.— Será la Primavera pero yo tampoco hago nada. Contemplo y sueño.

CURA.—Malo, malo, hija mía.

CARMEN.—No le hallo lo malo.

CURA.—Hay que ser piadosa, las prácticas religiosas son para una recién casada como el agua que limpia.

CARMEN.—Siento que mi alma está absolutamente limpia.

CURA.—¿No necesitas acercarte a la sagrada mesa?

CARMEN.—No señor cura, no sé mentir.

CURA.—María Rosa me ha dicho que no hay compostura entre Uds. Ella es una mujer soltera, escrupulosa, muy santa y fervorosa, preciso es no escandalizarla.

CARMEN.—María Rosa se escandaliza de su propia sombra.

CURA.— Dios nuestro Señor, nos da las tentaciones para resistirlas. Hay que aplastar a Satanás, sí, aplastarlo.

CARMEN.— Nunca oí tales cosas en mi hogar.

CURA.—Por eso mismo, menester es que las oigas.

CARMEN.—Y el que vive en paz con su alma ¿para qué necesita amargársela?

CURA.—Sin duda Juan es algo libre y demasiado inquieto en sus afectos. Líbrenos Dios de dar rienda suelta a los instintos...

CARMEN.—Créame señor cura que esta conversación carece para mí totalmente de sentido.

CURA.—¿No sientes el llamado de Dios, hija mía? Dios que nos da los panecillos, las avecillas y los frutos.

CARMEN.— Mi religión es algo muy mío. Mis creencias no son convencionales. Amo a Dios en la naturaleza. Lo prefiero disperso, mezclado al trueno, al rayo, a la luz, a encajonado en vuestra sagrada eucaristía.

CURA.—No blasfemes, piensa al menos que esta morada es un santuario donde nunca se pecó.

CARMEN.—(Con ironía). Confiese Ud. a la Felipa, señor cura.

CURA.—Piensa en que las cenizas venerables de los antepasados de Juan Randolph están sobre tu cabeza frívola ordenando.

CARMEN.—Juan Randolph no es lo que Ud. cree señor cura. El no ha podido o no ha querido imponer su libre voluntad y su talento en esta casa.

CURA.—Siempre marchó al unísono con sus hermanos mayores.

CARMEN.—Sólo se ha dejado llevar por las ranciedades y tonterías de sus hermanos por bondad de alma.

CURA.—Ideas suyas, nada más, señora.

CARMEN.—Comprendía que no podía ir contra una corriente tan poderosa sin haber producido un choque terrible.

CURA.—Tu deber hija mía es someterte a la voluntad de los Randolph.

CARMEN.—Pero señor cura, piense que yo no tengo por qué acatar lo que mi marido no me impone ni me impondrá nunca.

Escena VII
Dichos, María Rosa y Antonio

ANTONIO.—¡Qué bien, señor cura! Convenza Ud. a Carmencita, es un poquito liberal y eso no está bien en una Randolph.

MARIA ROSA.—No te metas, Antonio, a opinar en lo que no te importa. Juan la eligió así y él cargará con las consecuencias.

CURA.—Largo y tendido hemos conversado con la señora Carmen.

CARMEN.—Mucho ha tardado Juan.

ANTONIO.—(Haciendo un guiño). Lo divisé por el lado de las Moreno, sus canchas viejas.

MARIA ROSA.— ¿Quieres descomponerle la sangre a esta niña Antonio?

ANTONIO.—Já, já, son bromas cuñadita. Su Juan es de oro puro.

CURA.—Yo me voy. Mañana habrá misa de función, no falten.

CRISTINA.—Don Antonio, buscan, es un propio que viene a nombre del Gobernador.

ANTONIO.—Qué será, ya voy, dile que aguarde un poco.

MARIA ROSA.— Siempre tu eterna costumbre. Despacha de una vez. (Al cura). No se vaya, señor cura, voy a servirle alguna cosita y después Antonio lo irá a dejar.

CURA.—Siempre tan amable, María Rosa.

CARMEN.—María Rosa, no me siento bien, con el permiso de ustedes querría retirarme.

MARIA ROSA.— Por supuesto, Carmencita, vaya no más. (Sale Carmen).

ANTONIO.— (Con una carta y completamente demudado). ¿Dónde está ella?

MARIA ROSA.—No se sentía bien.

ANTONIO.—(Se sienta y se enjuga el sudor de la frente). ¡Es horrible, señor cura, tome, lea, yo no puedo más.

CURA.—(Lee con espanto, levanta los ojos al cielo). En tu reino, Señor, recíbelo.

MARIA ROSA.—(Arrebata la carta y se impone). Hermano mío, perdónanos. Esto es horrible. ¿Quién se atreverá a decírselo? ¡Desgraciada!

CARMEN.—(Entrando) Antonio ¿por qué no envía al Cholo para saber de Juan? (Al contemplar la consternación de todos tiembla como una hoja). ¿Qué fué, María Rosa? ¿Que fué Antonio? Señor cura, tenga piedad, no me oculten la verdad.

CURA.—(Vengativo). Ahora necesitas de un Dios, tu Juan ya no existe.

CARMEN.— ¡Mentira!, cobardes, lo han asesinado, Juan, no me abandones. (Se desmaya).

Escena VIII

(Entran servidumbre, campesinos, mujeres, niños).

UN CAMPESINO.—En dey no más pasó ligerazo en el bayo. Fué a la pasá del puente.

UN NIÑO.— On Ruma lo levantó, diz que no habló ná.

UN CAMPESINO.—Lo güeno no dura, patroncita.

CRISTINA.—Se lo dijeron de sopetón. (Acariciando a Carmen desmayada) ¿Quién se lo dijo?

MARIA ROSA.—El señor cura.

CLORINDA.— (Aparte). ¡Carguen los grandes diablos con este fraile maldito!

ANTONIO.—Señor cura, hay que hacer algo. Ayúdeme.

CURA.—Lo llevaremos a la Parroquia.

MARIA ROSA.—Gracias, señor cura. Avísele a don Ramón. ¡Dios mío! (Solloza). Perdónale sus pecados.

CLORINDA.—(Pegando con el pie en el suelo). Hagan algo, recen. ¿De qué sirve entonces esta lesera?

MARIA ROSA.— (Tomando su antigua dignidad, en voz alta). Dios te salve María, llena eres de gracia el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre Jesús.

(Coro general).—Santa María Madre de Dios ruega por nosotros los pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

TELON.

ACTO TERCERO

El mismo salón vuelto a su antigua vetustez. El invierno lo aplasta. Viento y lluvia se azotan en la ventana.

Escena I

Médico y enfermera

El Médico, sentado con delantal blanco, lee una revista.

ENFERMERA.—Tengo todo listo doctor.

MEDICO.— Aún habrá que esperar un par de horas.

ENFERMERA.—Temo que la criatura nos dé bastante que hacer.

MEDICO.—La madre está bien.

ENFERMERA.—Tiene el pulso muy agitado.

MEDICO.—La respiración intermitente aunque el corazón está fuerte.

ENFERMERA.—La falta de sueño la ha debilitado.

MEDICO.—Pero resistirá el cloroformo sin ninguna dificultad.

ENFERMERA.— Está temerosa, llena de presentimiento, cree que no alcanzará a ver a su hijo.

MEDICO.—Que grite, por lo menos, doctor, que grite, me ha dicho.

ENFERMERA.— Me parece una señora muy extraña.

MEDICO.—He sorprendido que un horrible drama de intereses se verifica entre estos muros.

ENFERMERA.—Ella es la viuda de Juan Randolph.

MEDICO.—Un hombre a carta cabal. Fué una desgracia tremenda.

ENFERMERA.—Lo mató el caballo.

MEDICO.—Sí. Fué una fractura del cráneo.

ENFERMERA.—Dicen que la fortuna de los Randolph es inmensa.

MEDICO.—Los herederos son tres: la viuda, Antonio y María Rosa Randolph.

ENFERMERA.—A la viuda le corresponde la tercera parte.

MEDICO.—Si tiene un hijo, si no, la herencia se le disminuye mucho.

ENFERMERA.—Pero ese hijo es evidente que nacerá ya que estamos aquí para eso.

MEDICO.—Haremos lo posible.

ENFERMERA.—No comprendo.

MEDICO.—La ley es bien clara. Si la criatura vive aunque sea un minuto tiene valor jurídico, si nace muerta es como si no hubiese sido concebida.

ENFERMERA.—Y en este caso...

MEDICO.—La viuda no heredaría la tercera parte de los bienes que corresponden a Juan Randolph.

ENFERMERA. — (Como iluminándose). Ahora se me aclaran muchas cosas: el interés de la señorita María Rosa y de don Antonio por presenciar el parto...

MEDICO.—Y el afán de la paciente por suplicar que por lo menos la criatura dé un grito.

ENFERMERA.—¿Y qué piensa Ud., doctor, al respecto?

MEDICO.— Mucho me temo que los cuñados ganen la partida. La criatura viene mal, acaso una asfixia... en fin, veremos.

ENFERMERA.—En gran parte habrá contribuído la situación penosa e inconfortable de esta casa para el estado no satisfactorio de la enferma.

MEDICO.—¡Evidente! Vigilada, expiada, atormentada, con un hijo en las entrañas y con el recuerdo palpitante de la trágica muerte de su joven marido.

ENFERMERA.— (Mirando la hora en su pulsera). Estamos en la hora, doctor.

MEDICO.— (Levantándose). Vamos. (Salen).

Escena II

María Rosa y Antonio

MARIA ROSA.—Ha llegado el momento.

ANTONIO. —Dios decidirá de nuestra suerte.

MARIA ROSA.—El médico y la enfermera son adictos a ella.

ANTONIO.—No lo creo, son gente que sólo cumple con su deber.

MARIA ROSA.—Debimos haber buscado gente más comprensiva.

ANTONIO.—Habría sido peligroso.

MARIA ROSA.—Me ha costado imponerme a la enfermera. No quería conceder el que presenciáramos la escena...

ANTONIO.— Debiste mostrarle nuestros papeles y la orden del juez.

MARIA ROSA.—Eso vendría en un último extremo.

ANTONIO.—Producirse este lío en los momentos en que el Ferrocarril es un hecho. Nuestros productos incrementarán las entradas anuales a más de un millón de pesos.

MARIA ROSA.— ¡Si no fuera por esto! Mi pobre hermano Juan debió prever los sufrimientos en que colocaría a sus hermanos.

ANTONIO.— Hay mucho silencio en sus habitaciones, ¿acerquémonos? (Salen en puntillas).

Escena III

Don Ramón y Cura

(Entran conversando acaloradamente).

DON RAMON.—Esas son cosas del Alcalde, reverendo Padre. Eso se arregla con unos cuantos miles.

CURA.—Pienso pedir a Antonio algún adelanto. El asilo está pobrísimo, la Parroquia no tiene otra cosa que palomas. Nadie se casa, nadie se muere, los bautizos se hacen detrás de la puerta sólo con agua bendita...

DON RAMON.—Con Antonio Ud. conseguirá lo que necesita.

CURA.—Está todo esto tan cambiado.

DON RAMON.—No lo creo.

CURA.—Los Randolph han sido excesivamente buenos y comprensivos, amplios de criterio, como se dice hoy en el mundo.

DON RAMON.—Carmencita es una buena niña.

CURA.—Esta casa secular amparó y protegió unos amores muy Siglo XX entre Juan y esta niña.

DON RAMON.—En la mañana no ví a María Rosa en el comulgatorio.

CURA.—María Rosa es un ángel, preocupada de todo. El altar de nuestra señora está cubierto de galas. Ella no pide otra cosa que por su cuñada y por el heredero que vendrá hoy al mundo.

DON RAMON.—Y pensar que si este niño no hubiese sido concebido, antes de un año se habría reintegrado la parte de la viuda a la fortuna total de la casa Randolph.

CURA.—La Iglesia no lamenta esta circunstancia, aun la fortuna es importante.

DON RAMON.—Como María Rosa, Antonio está tan preocupado de todo esto que se olvidó ir a la reunión de esta mañana donde se le eligió presidente del consejo.

CURA.— Es natural que deseara presenciar el feliz alumbramiento de su cuñada. ¡Quería tanto a su hermano!

DON RAMON.—Me parece prudente que volviésemos más tarde para felicitarlos por el heredero.

CURA.—En realidad, don Ramón, en estos casos las visitas son importunas.

Escena IV
Médico y María Rosa

MARIA ROSA.—(Muy agitada y enérgica). Ud. lo ha dicho doctor Wilson, la criatura nació muerta.

MEDICO.—Eso lo diré en los Tribunales si me lo preguntan.

MARIA ROSA.—Hay testigos.

MEDICO.—(Con ironía). No habrá necesidad de todos esos enredos señorita Randolph. La viuda de Juan Randolph ha dejado de existir.

MARIA ROSA.— (Consternada eleva los ojos al cielo). Providencia divina, hágase tu voluntad y no la mía.

(Pasa a la pág. 4)

Las grandes industrias de Chile, el comercio, el mercado

nacional y exterior, la agricultura, todos los negocios en "MULTITUD"

Si Ud. quiere contraer una grave enfermedad, la TRIQUINOSIS, haga lo siguiente:

1.o— Consuma carne de chancho SIN CONTROL VETERINARIO. Haga lo posible por encontrar carne de chancho en lugares SIN NINGUN CONTROL SANITARIO.

2.o— Coma carne de chancho cruda, porque allí seguramente ENCONTRARA LOS GUSANOS QUE TRANSMITEN LA ENFERMEDAD. El mismo resultado obtendrá comiendo carnes de chancho a medio cocer o a medio freir, como es el caso de los perniles y chuletas.

3.o— También PODRA CONTRAER LA ENFERMEDAD COMIENDO SALCHICHAS Y OTROS EMBUTIDOS A MEDIO COCINAR, sin hervir y, sobre todo, si estos alimentos provienen de mataderos clandestinos.

4.o— Pero también la enfermedad la puede contraer no teniendo ningún cuidado con los regalos de carne de cerdo que le hacen desde fuera de la ciudad. AHORA, SI ESA CARNE DE CHANCHO ESTA INFESTADA, MEJOR AUN, PUES MAS SEGURIDAD TIENE USTED DE ENFERMARSE.

5 o— UNA MANERA PRACTICA DE MANTENER LA EPIDEMIA EN LA CIUDAD DE SANTIAGO y otros lugares del país, ES FOMENTANDO LOS MATADEROS CLANDESTINOS DE CHANCHOS, las porquerizas mantenidas en malas condiciones higiénicas, y la crianza de chanchos en las zonas urbanas y suburbanas. Y PARA LOGRAR ESTO, USTED NO TIENE SINO QUE QUEDARSE CALLADO Y NO DENUNCIAR ESTE HECHO A LA DIRECCION GENERAL DE SANIDAD, DEPARTAMENTO DE PARASITOLOGIA,

TELEFONO 62605

Pero si Ud. desea mantener su salud y proteger la de su familia y ayudar a la Comunidad a extirpar esta grave enfermedad hará seguramente lo contrario

Servicio Nacional de Salubridad

CASILLA 41-D - SANTIAGO

ALIVIOL, con la V de la VICTORIA

LOS RANDOLPH

MEDICO.—(Bastante indignado y despreciativo). Los certificados de defunción los redactaré en unos minutos más.

MARIA ROSA.—(Altiva). Cuando guste.

MEDICO.—Pero antes de retirarme querría decir que dentro de las facultades restringidas de mi profesión, me permito opinar que la muerte del hijo y de la madre obedecieron a circunstancias ajenas al desarrollo de la enfermedad.

MARIA ROSA.— Esas circunstancias podrían ser sólo la incompetencia de un facultativo o la torpeza de una enfermera presuntuosa.

MEDICO.—No recojo los insultos de la rica heredera de la casa Randolph, pero sí me veo en la obligación de opinar que la criatura macerada y sin vida y la muerte de la madre se debieron a razones que nadie mejor que Ud. conoce, le demostraré que mi incompetencia está a la altura de su ignorancia.

MARIA ROSA.—Infame impostor, facultativo de opereta, actor de pacotilla...

MEDICO.—No continúe insultando señorita. No sea que encuentre algún medio para presentarme en contra suya ante la Justicia Criminal.

MARIA ROSA.—(Desafiante). Haga Ud. la prueba. (Sale el Médico).

Escena V

María Rosa y Cristina

MARIA ROSA.—(Llamando). ¡Cristina!

CRISTINA.—Ya misiá Marita.

MARIA ROSA.—Trae mi abrigo negro, los guantes y el velo.

CRISTINA.—¿Va para la Iglesia?

MARIA ROSA.—Voy a rezar por los difuntos.

CRISTINA.—(Llorando a intervalos). ¡Pobre señora Carmencita, tan buena y que no alcanzara a ser feliz de ninguna manera!

MARIA ROSA.—Era muy descreída, Cristina. Ya ves como la impiedad se castiga.

CRISTINA.—¡Lo que son las cosas de la vida misiá Marita! Ella tan llena de atenciones, entre sedas, se muere y se muere el niño y la tonta Felipa da a luz entre la paja del corral y como si tal cosa.

MARIA ROSA.—¡Qué asco! ¿Y el chiquillo? ¡Será un monstruo!

CRISTINA.— Al contrario misiá Marita, ¡es lindo! Tiene los ojos como uvas. Es de ponerlo en un canastillo.

MARIA ROSA.—No le digas nada a Antonio, sería capaz de matar a esa india cochina. Ya hablé con las monjas del asilo. La recibirán a ella de ama y a la cría la mandarán a los huérfanos. Ya lo tenía todo previsto.

CRISTINA.—Pero misiá Marita, no haga eso, si todos saben que el niño es de don Antonio.

MARIA ROSA.— Mentira, no seas desgraciada. Si vuelvo a oirte semejante cosa estás despedida. Ve a buscar el velo y los guantes. (Sale Cristina).

Escena VI

María Rosa

MARIA ROSA.—Dura es mi alma como la piedra del altar.

Alta como la niebla que sube del estero.

He triunfado sobre mi misma y este es el mayor de los triunfos.

Nadie marchó a mi lado porque nadie se me comparaba. Acaso Juan. Pero él en el bien y yo en el mal. Pero ¿sabe alguien cuál es el bien y cuál el mal para aquellos que estamos más allá de las pasiones?

Mi largo vestido de sombras lo pisotearon las tempestades pero seguí erguida y tranquila.

La lujuria erraba azotándose contra las puertas. El dulce amor no cayó como el fruto del peumo ni se quemó en los rescoldos de mi alma.

Por eso la odié porque tenía la llave del Paraíso y a mí se me perdió entre malezas.

La mentira arremetió y arrasó el maniquí de cartón de mi cuerpo externo.

El catolicismo, los antepasados, el orgullo, la dignidad, el honor.

Necesitaba un Dios pero este Dios bajaba a las manos regordetas del cura de Pelarco y no logré verlo jamás en toda la extensión de mi anhelo.

Rezaba y no estaba en el rezo. Miraba estos retratos y no bajaban la vista hasta muy entrada la noche.

Tenía orgullo y vanidad y no podía oponerme a la humilde charla convencional de un título de abogado familiar, de un abogado con barriga satisfecha.

Representaba el honor y la dignidad de los Randolph y uno de ellos mezcla su sangre a una advenediza y el otro se arrastra en el fango de los cerdos y de allí asoma la cabeza un descendiente espúreo. (Mira por la ventana alucinada y transfigurada).

CRISTINA.—(Sacando a María Rosa de su abstracción). Aquí están el abrigo y los guantes. El velo no lo encontré.

MARIA ROSA.— (Vuelta a la realidad). No encuentras nunca nada. (Salen).

Escena VII

Antonio y enfermera

ANTONIO.—(Luego sigue enfermera). Sus honorarios están aquí.

ENFERMERA.— No olvide don Antonio que Ud. me ofreció una gratificación si en un momento dado me necesitaba.

ANTONIO.—Se desempeñó Ud. correctamente.

ENFERMERA.—Sabe Ud. perfectamente a lo que me refiero. Ud. pretendió algo más.

ANTONIO.—Temo que me haya interpretado mal. Yo quería decirle que pagaría extraordinariamente sus cuidados en el caso que mi sobrino hubiese vivido.

ENFERMERA.—Yo abrí la ventana precisamente para que Ud. pudiese presenciar la operación. El doctor sólo permitía la presencia de la señorita María Rosa.

ANTONIO.— No necesitaba de su atención señorita. Si hubiera querido habría hecho uso de esta orden. (Busca en sus bolsillos y saca un papel que muestra a la enfermera).

ENFERMERA.—Ahora comprendo mejor. Tenían Uds. todo preparado. No me extrañaría encontrar un ataúd en el sótano. Son Uds. muy previsores.

Escena VIII

Don Ramón y Antonio

DON RAMON.—¿Se puede? ¿Debo felicitar a la casa Randolph por un heredero o por una heredera?

ENFERMERA.—Desgraciadamente de ninguna manera señor abogado. Don Antonio lo enterará. (Sale).

ANTONIO.—(Abraza hipócritamente a don Ramón). Se nos fué Carmencita, también el nene.

DON RAMON.— ¡Cómo estará María Rosa!

ANTONIO.—Anonadada.

DON RAMON.—No la deje Ud. sola don Antonio. Vaya a buscarla yo les aguardo y los acompañaré en este trance tan doloroso. (Antonio sale agachado y meditabundo).

Escena IX

Médico y don Ramón

MEDICO.—¿No está don Antonio?

DON RAMON.—Acaba de salir.

MEDICO.—Lo lamento.

DON RAMON.—Yo tengo facultad para responder por ellos, soy el abogado de la familia Randolph.

MEDICO.— (Dándole la mano). Tanto gusto.

DON RAMON.— Y ¿cómo fué aquello? Acabo de saber la desgracia. ¿No fué posible salvarla?

MEDICO.— La ciencia sólo puede llegar hasta un límite.

DON RAMON.— Es cierto. Más allá es imposible.

MEDICO.—Hice todo lo que mis conocimientos me indicaban hacer en este caso, particularmente porque conocí a Juan Randolph.

DON RAMON.—Era extraordinario.

MEDICO.—Casi me había empecinado en salvar a la madre y al hijo.

DON RAMON.— Eso es cumplir con su deber.

MEDICO.—Personalmente pienso que esto fué un asesinato que no consultan las leyes.

DON RAMON.—Ha perdido Ud. la razón doctor Wilson.

MEDICO.—No, estoy en perfectas condiciones.

DON RAMON.— Entonces, explíquese, no entiendo nada.

MEDICO.— A la señora Randolph no la asesinaron ni con bala ni con veneno.

DON RAMON.—Entonces...

MEDICO.—La asesinaron en una forma más refinada. Podríamos decir que fué un crimen perfecto.

DON ANTONIO.— (Como culpando). Se les asfixió el niño...

MEDICO.—No, la criatura estaba macerada. No nació, fué necesario operar.

DON ANTONIO.— (Insistiendo). Pero la madre...

MEDICO.—En cuanto a ella... debilitada, extenuada, al volver de la anestesia comprendió sola la horrible verdad.

DON RAMON.—(Como quien encuentra la causa). Eso la impresionaría.

MEDICO.—Sí, pero no fué esa la causa de su muerte.

DON RAMON.—¿Cuál fué entonces?

MEDICO.—Hubo un momento en que creí que estaba salvada. La juventud reacciona con facilidad. Tenía su pulso entre mis manos: era regular, aunque débil.

DON RAMON.— (Visiblemente emocionado). Siga doctor.

MEDICO.—De pronto dió un grito y el pulso se detuvo. Miré a mi alrededor y la cara pálida y desencajada del Randolph, con los ojos acuosos y desorbitados miraban detrás de los vidrios de la ventana.

DON RAMON.—Es espantoso. (Se seca la transpiración con el pañuelo).

MEDICO.—Diga Ud. ahora, señor abogado criminalista, abogado antiguo de la casa Randolph. ¿Hay o no hay causal para encarcelar a sus clientes?

DON RAMON.—Se necesitarían pruebas...

MEDICO.—El cuerpo de Carmen de Randolph no presenta ninguna demostración ajena a su propia vida extinguida por un desgaste imprevisto de su organismo.

DON RAMON.—La ley no consulta un delito de esta naturaleza doctor.

MEDICO.—Voy a retirarme, señor abogado. Pero me voy convencido de que la señora de Randolph era una estupenda mujer: civilizada, equilibrada, modesta, segura de sí misma.

DON RAMON.—(Interesado). ¿Y los otros?

MEDICO.—¡Ah! los otros... seres difíciles, oscuros, seres aplastados por el peso de los ancestros.

W. DE R.

$1 "MULTITUD" $1

Director - Gerente: PABLO DE ROKHA
Secretaria de Redacción: WINETT DE ROKHA
Casilla 9837, Santiago de Chile — Teléfono 17, La Cisterna

MI DANKAS LA INTERESANGO — GRADISCO IL CAMBIO — JE PRE L'ECHANGE. — AGRADECO O CAMBIO— I BEG FOR ECHANGE — AUSTUSCH ERWUNSCHT — AGRADEZCO EL CANJE

Subscripción: $ 50.00 anuales — Extranjero: 2 Dólares — "MULTITUD" circula en todo el mundo.

TALLERES GRAFICOS "LA NACION", S. A.